

REG

4/2025 (8)

MAYO - JUNIO

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA DE ESTUDIOS GLOBALES

ANÁLISIS HISTÓRICO Y CAMBIO SOCIAL

SUMARIO

PRESENTACIÓN

LUZ ESPIRO RONALDO MUNCK	Comprender la migración: desafíos pendientes	7
RONALDO MUNCK	Migration and Social Transformation: Myths, theories and politics	23
LUZ ESPIRO RÉGIS MINVIELLE	De ida y vuelta: Expectativas y desencuentros de la migración africana en Sudamérica	39
ORIOLE PUIG CEPERO	The central Sahel: climate change, migration and conflict	65
MARLUCE DA SILVA SANTANA	Murid religious recompositions from the South of France to Bahia in Brazil	87
CLAUDIA PEDONE	Los lugares sociales y la alta movilidad de las juventudes migrantes venezolanas en los procesos de transnacionalismo familiar	105
NICHOLAS MAPLE CAROLINE WANJIKU KIHATO	The Free Movement of Persons in Southern Africa: Aligning State Agendas with the Rights of all Migrants	133
ERHAN DOĞAN	Citizenship <i>À La Carte?</i> : <i>Migration and «digital nomads»</i>	161
DELPHINE PERRIN	Migration policies in the Economic Community of West African States, ECOWAS, a regional space in crisis. Through the lens of sovereignty	187

ESTUDIOS

MARCELA DE LOURDES OROZCO CONTRERAS JUAN MANUEL SANDOVAL PALACIOS WILLIAM I. ROBINSON	La expansión del capital transnacional en el Continente Americano	207
JOHN BROWN	El declive de Podemos en España: Moderación, faccionalismo, oligarquización y contrapoder popular débil	225

CRÍTICA

ENRIQUE FERNÁNDEZ-VILAS NICOLÁS PLAZA-GÓMEZ	¿Una Sociología del Mérito? Meritocracia, imaginarios y discursos contemporáneos de movilidad social	257
--	---	-----

Presentación

Comprender la migración: desafíos pendientes

Luz Espiro

Laboratoire Population Environnement Développement (LPED),
Aix-Marseille Université / IRD
Francia

Ronaldo Munck

Universidad de Dublín
Irlanda

Inspirándose en los aportes de Abdelmalek Sayad (2010), la migración puede entenderse como un «hecho social total», es decir, un fenómeno que involucra múltiples dimensiones y que solo puede ser comprendido a partir de un análisis integral. La migración no solo transforma la vida de los individuos que migran, sino que también reconfigura las sociedades de origen y destino. En este sentido, es fundamental estudiar las trayectorias migratorias en su interdependencia con factores contextuales, considerando cómo los procesos migratorios se insertan en el devenir del cambio social, económico y político más amplio.

El estudio de las migraciones exige una aproximación que vaya más allá de los enfoques tradicionales y unidimensionales. La migración no es un problema a resolver, sino un proceso multidimensional e intrínseco a los cambios estructurales globales. Su análisis requiere integrar dimensiones económicas, culturales, políticas, religiosas y de género, así como reconocer la interacción entre la estructura y la agencia de los migrantes. Más que describir patrones de causa y efecto, es fundamental avanzar hacia una comprensión más profunda de la migración como un fenómeno dinámico y cambiante.

Para entender la migración hoy, necesitamos situarla dentro de su contexto histórico. En la era moderna, el avance del capitalismo vio a los migrantes como personas obligadas a moverse, ya fuera en cadenas o en otras formas de trabajo, en condiciones de servidumbre. Hoy, en el primer cuarto del siglo XXI, estamos viendo, como lo describen Gambino y Sacchetto, «varios intentos de volver a disciplinar los flujos migratorios» (Gambino & Sacchetto, 2014: 19). Esos migrantes, considerados una amenaza para la sociedad, enfrentan las barreras más explícitas y severas. También existe, como describen, una in-

sidiosa «regimentación de los flujos de migrantes a través de procedimientos burocráticos» (Ibíd.), sobre todo a través de la contratación formal e informal de trabajadores en los países de destino.

La crisis económica global de 2008, primero, y la originada por la pandemia de Covid-19 de 2020, después, agudizaron las tendencias de crecimiento económico desigual, generando reestructuraciones del mercado laboral que impactaron en los patrones migratorios. Los grupos migrantes han sido de los sectores sociales más perjudicados por la pandemia, sobre todo en el sur global. Las prácticas de control de la propagación del virus resultaron en prácticas de control migratorio y exclusión, inaugurando una nueva etapa del paradigma de la gobernabilidad migratoria, que pretende hacer del movimiento humano algo «seguro, ordenado y regular». De esta manera, «asistimos a un proceso de refronterización del mundo» y a la reemergencia de discursos de crisis asociados al movimiento humano producidos políticamente (Domech, 2023).

A eso se suma los efectos de la degradación ambiental en la cambiante situación climática que genera nuevos desplazamientos de población. Pero esta intensificación de los controles migratorio y fronterizo articulados a escalas global, regional, nacional y local, así como la intensificación de la violencia en el mundo, en general, y en el sur global en particular, también hizo reverdecir la lucha migrante.

La agencia y las estrategias autónomas de los migrantes para el movimiento y la supervivencia se enfrentan constantemente a una maquinaria migratoria que busca reglamentar sus flujos y moverlos a través de canales unificados y controlables. La vorágine de la migración, ahora como en el pasado, no se controla tan fácilmente en la práctica. Las personas migrantes persiguen sus propios intereses y metas legítimas que las impulsan a desplazarse, a menudo al margen de los objetivos estatales. Es crucial reconocer que las «políticas de movilidad» en el contexto del capitalismo no representan simplemente un ejercicio unilateral de exclusión y dominación por parte del Estado y la ley, sino más bien un proceso dinámico y conflictivo, donde los movimientos subjetivos y las luchas migratorias desempeñan un papel activo y esencial (Mezadra, 2012).

Necesitamos entender la complejidad de la migración en la era de las globalizaciones pues es un proceso con múltiples intersecciones. No se trata simplemente de que la globalización elimine las barreras al movimiento de personas como lo ha hecho con el flujo de capital, finanzas, imágenes y bienes de consumo. Como dice Papastergiadis, «la turbulencia de la migración es evidente, no solo en la multiplicidad de caminos, sino también en la impre-

visibilidad de los cambios asociados a estos movimientos» (Papastergiadis, 2000: 56). Solo a través de esta óptica de complejidad podemos darles sentido a los flujos migratorios hoy en día. No existen límites concretos y estrictos entre la migración forzosa y voluntaria, la migración regular e irregular o entre migrantes «económicos» y «no económicos». Los flujos migratorios «incluyen personas en movimiento con motivaciones y circunstancias de vida mixtas, que trazan trayectorias complejas en campos sociales transnacionales (con migraciones previas, múltiples experiencias en cruces de fronteras, trabajo, entre otras)» (Espiro y Vecchioni, 2023: 97). Sobre todo, como dice John Urry, «estos patrones de migración deben verse como una serie de olas turbulentas. Con una jerarquía de remolinos y vórtices, con el globalismo como un virus que estimula la resistencia, y el sistema migratorio como una cascada que se aleja de cualquier estado aparente de equilibrio» (Urry, 2000: 23).

Nuestro énfasis, en general, está en la complejidad de los movimientos migratorios y llamar la atención sobre la migración Sur-Sur, descentrando los corredores enfatizados desde una perspectiva europea o estadounidense. La migración ha ocupado un lugar central en los debates políticos en varias partes del mundo en los últimos años y transforma (para bien o para mal) la vida de cientos de millones de personas que migran cada año. Más allá de esto, las dinámicas migratorias involucran a las personas de las comunidades de origen que, voluntaria o involuntariamente, permanecen inmóviles pero participan del hecho migratorio, así como también transforman sociedades enteras en todos los puntos de las rutas migratorias, en un continuum origen-destino integrando al campo migratorio transnacional a quienes no migran. Así, claramente, debemos mirar más allá del estado nación como un dominio autosuficiente donde ocurre la migración, una tendencia aún dominante donde el nacionalismo metodológico no se cuestiona realmente (Wimmer & Glick Schiller, 2002).

Más allá del nacionalismo metodológico

El estudio de la migración enfrenta el reto de comprender la movilidad humana en sus dimensiones transnacionales, desafiando los marcos tradicionales que han encasillado el fenómeno dentro de los límites del Estado-nación. Wimmer y Glick Schiller (2002) han definido el nacionalismo metodológico como la asunción de que la nación, el Estado y la sociedad constituyen la forma natural de organización social y política del mundo moderno. Esta perspectiva ha influido profundamente en los estudios migratorios, llevando a considerar a los Estados-nación como unidades de análisis inmutables y generando un sesgo en la interpretación de la movilidad humana.

Históricamente, los procesos de construcción del Estado-nación han determinado la manera en que se percibe y regula la migración. Tras la Segunda Guerra Mundial, conceptos como democracia, ciudadanía y seguridad social se consolidaron como pilares del orden mundial basado en Estados-nación, generando una narrativa en la que la migración se presentaba como una excepción que desafía la homogeneidad territorial. Como resultado, los estudios migratorios se han concentrado en la migración internacional desde una perspectiva estatal, dejando de lado las movilidades internas y transfronterizas.

Para superar estas limitaciones, la perspectiva transnacional se ha consolidado como un enfoque clave en el estudio de la migración. Lejos de ser una novedad, esta lente analítica permite entender las conexiones entre los países de origen, tránsito y destino, así como las transformaciones que ocurren en los espacios intermedios. Si prestamos atención a las experiencias «transmigrantes» (Schiller et al., 1995), hay vidas que dependen de interconexiones constantes a través de las fronteras, desafiando la idea de que la movilidad se limita a un punto de partida y un destino final.

Los campos sociales transnacionales (Levitt y Glick Schiller, 2004) revelan que la migración involucra a sujetos que no necesariamente se desplazan, sino que permanecen en los lugares de origen pero participan activamente en las redes transnacionales. Estas redes facilitan el intercambio de recursos, ideas y prácticas, evidenciando que el fenómeno migratorio no puede reducirse a una simple cuestión de regulación estatal. Desde la expansión europea en el siglo XV hasta la globalización actual, las sociedades han estado interconectadas a través de flujos de personas, bienes, ideas y capital. Durante el siglo XIX y principios del XX, la migración laboral internacional era una práctica común, con trabajadores que se desplazaban entre países sin restricciones significativas y mantenían vínculos con sus lugares de origen mediante el envío de remesas y correspondencia. Esto demuestra que el análisis de la migración no puede centrarse exclusivamente en quienes se desplazan, sino que debe incluir también a quienes permanecen en origen, ya que son parte integral de estos procesos. Migrantes y no migrantes, están redefiniendo dialécticamente sus posiciones. Pero, además, esto tira por tierra el mito y suposiciones derivadas (políticas, mediáticas y de a pie) sobre la idea de que vivimos en una era de migración masiva sin precedentes, ya que la migración no es un fenómeno nuevo, sino una constante en la historia de la humanidad. Lo que ha cambiado son los patrones migratorios y, paradójicamente, vivimos en una era de creciente inmovilidad o movilidad fragmentada debido a las restricciones impuestas a la movilidad global.

La necesidad de adoptar una metodología transnacional también implica descentralizar los estudios migratorios de las grandes metrópolis y analizar las conexiones entre espacios de escalas diversas a partir de las prácticas de los migrantes. En este sentido, la economía global y el capitalismo flexible han reconfigurado las dinámicas migratorias, dando lugar a estrategias de adaptación de las más diversas en respuesta a la precarización laboral y la expansión del capital transnacional (Suárez Navaz, 2008), pero también a otras dinámicas socioculturales propias de la convivencia de los recién – o no tanto- llegados.

A pesar de la relevancia del transnacionalismo en el estudio de la migración, es fundamental reconocer que el nacionalismo sigue siendo una fuerza política determinante en la regulación de la movilidad. Políticas migratorias restrictivas, discursos xenófobos y legislaciones que refuerzan la ciudadanía como un privilegio limitado continúan estructurando el acceso a derechos y oportunidades para los migrantes (Wimmer y Glick Schiller, 2002). En este contexto, superar el nacionalismo metodológico no significa negar la importancia del Estado-nación, sino replantear los marcos analíticos desde los cuales se estudia la migración, incorporando una mirada que contemple la movilidad en su multidimensionalidad.

Para avanzar en esta dirección, es necesario desarrollar herramientas conceptuales que permitan analizar la migración más allá de las fronteras estatales y comprender los procesos de movilidad desde una perspectiva integral. Adoptar un enfoque transnacional facilita la comprensión de las trayectorias migratorias y de las redes que las sostienen, permitiendo un análisis más crítico e inclusivo de la movilidad humana en el mundo contemporáneo.

Más allá de la óptica del Norte

Los estudios migratorios han estado dominados por una visión centrada en los países receptores del Norte global, priorizando el análisis de los flujos Sur-Norte y dejando en segundo plano otras dinámicas de movilidad. Esta perspectiva ha reforzado la idea de que la migración es un problema que afecta a los países de destino, sin prestar suficiente atención a las causas estructurales y a las experiencias de quienes migran. Como resultado, las explicaciones sobre la movilidad humana han sido formuladas principalmente desde el punto de vista de los Estados receptores, imponiendo marcos interpretativos que responden a sus intereses y necesidades políticas antes que a una comprensión más amplia del fenómeno migratorio.

Uno de los efectos más evidentes de este sesgo es la criminalización de la migración en los discursos políticos y mediáticos. Como señala Bigo (2002),

el Estado es representado como un cuerpo amenazado, mientras que los migrantes son contruidos como figuras peligrosas que ponen en riesgo la seguridad y el orden social. Esta retórica ha contribuido a la creación de políticas de securitización y control fronterizo que responden a una lógica de exclusión, reforzando la idea de que la migración es un desafío a la soberanía nacional. En este marco, las personas migrantes son asociadas con actividades ilegales como el tráfico de drogas y el contrabando de armas, o incluso vistas como portadoras de enfermedades. Además, en contextos donde la nación se define en términos étnicos, los migrantes son percibidos como una amenaza para la identidad cultural, lo que refuerza discursos de asimilación forzada o exclusión.

A pesar de que al menos un tercio de los flujos migratorios globales corresponde a migraciones Sur-Sur, los estudios migratorios han privilegiado el análisis de los movimientos Sur-Norte, lo que ha contribuido a una comprensión fragmentada de la movilidad humana. Este sesgo responde, en parte, a la influencia de los países receptores en la producción del conocimiento académico y en la formulación de políticas migratorias, que poco eco se hacen de los ingentes estudios sobre migración. En este sentido, conceptos como «inmigración» e «integración» suelen estar diseñados desde la perspectiva de los Estados del Norte global, sin considerar las dinámicas que impulsan la movilidad en los países de origen. Esta mirada parcial e incompleta ha llevado a reforzar el mito del desarrollo como un factor de reducción de la migración, promoviendo programas de cooperación internacional que asumen que el crecimiento económico en los países emisores disminuirá los flujos migratorios. Sin embargo, múltiples estudios han demostrado que la migración no es simplemente una consecuencia de la falta de desarrollo, sino un proceso multidimensional que involucra factores económicos, sociales y políticos interconectados. El desarrollo y la globalización pueden generar menos, más o diferentes formas de migración, dado que las condiciones estructurales que impulsan estos desplazamientos son complejas y no lineales (de Haas, 2021).

Lejos de reducir la movilidad, el desarrollo puede generar nuevas formas de migración o intensificar las ya existentes. En algunos casos, los avances tecnológicos han facilitado la sedentarización, pero en otros han permitido que surjan redes transnacionales más complejas. Además, la migración no es un fenómeno exclusivo de las poblaciones más empobrecidas, ya que requiere recursos para ser llevada a cabo. Muchas personas experimentan empobrecimiento durante el proceso migratorio, lo que se refleja en la precarización laboral y en la degradación profesional de mujeres migrantes altamente calificadas.

Otro problema derivado de este enfoque es la invisibilización de las migraciones Sur-Sur. Mientras que los estudios sobre migración han prestado gran atención a los movimientos que tienen como destino América del Norte y Europa, los flujos entre países del Sur global han sido tratados como fenómenos secundarios. Sin embargo, estas migraciones constituyen una parte fundamental del panorama migratorio contemporáneo. Desde una perspectiva del Sur, las condiciones de precariedad laboral y la inestabilidad socioeconómica han sido históricamente parte de las estructuras económicas locales, lo que desafía los modelos de análisis basados en los Estados de bienestar del Norte global. Comprender la migración desde esta óptica requiere abandonar las explicaciones simplistas que reducen la movilidad humana a una cuestión de desarrollo o seguridad.

Para superar el sesgo Norte-Sur en los estudios migratorios, es necesario replantear las bases epistemológicas desde las cuales se analiza la movilidad humana. Esto implica reconocer la importancia de los flujos Sur-Sur, cuestionar la idea de que el desarrollo reduce la migración y adoptar una perspectiva que contemple la interconexión entre los países de origen, tránsito y destino. Asimismo, es fundamental promover enfoques interdisciplinarios que integren diversas metodologías y permitan un análisis más amplio e inclusivo de los procesos migratorios.

En este contexto, un desafío clave es la fragmentación disciplinaria en el estudio de la migración. La falta de diálogo entre distintas disciplinas ha generado un conocimiento fragmentado y limitado del fenómeno, impidiendo una comprensión más integral de la movilidad. Superar esta fragmentación es crucial para avanzar hacia enfoques más holísticos y críticos, capaces de dar cuenta de la complejidad de los procesos migratorios en el mundo contemporáneo.

Más allá del encorsetamiento disciplinario

A pesar de que la migración es un fenómeno complejo que atraviesa dimensiones económicas, políticas, sociales y culturales, los estudios migratorios han tendido a abordar la movilidad humana desde perspectivas fragmentadas y metodologías poco integradas. Hein de Haas (2021) señala que, lejos de avanzar teóricamente, el campo de estudios migratorios ha experimentado un retroceso, caracterizado por una falta de integración conceptual y un excesivo énfasis en explicaciones simplistas. Esta situación no solo ha limitado la capacidad de comprender la migración en toda su complejidad, sino que también ha generado marcos de análisis que se quedan cortos frente a las realidades de la movilidad contemporánea.

Uno de los enfoques predominantes ha sido el económico, en particular el modelo «push-pull», que explica la migración como un movimiento racional motivado por diferencias salariales y condiciones de vida entre países. Un enfoque que aún permea las políticas y discursos públicos sobre la migración. Sin embargo, este modelo parte de una visión reduccionista del individuo, asumiendo que todas las decisiones migratorias obedecen a cálculos económicos racionales. Como señala de Haas (2021), esta perspectiva es insuficiente para explicar, por ejemplo, por qué muchas personas no migran a pesar de la desigualdad de ingresos entre países, o por qué ciertos lugares generan más emigración que otros. La migración no es simplemente una respuesta mecánica a las oportunidades económicas; es un proceso atravesado por factores históricos, políticos, culturales y subjetivos que no pueden ser capturados por modelos unidimensionales.

La fragmentación disciplinaria ha sido una de las principales barreras para el desarrollo de un conocimiento más profundo sobre la migración. Brettell y Hollifield (2008) destacan que, aunque el estudio de la movilidad humana suele considerarse intrínsecamente interdisciplinario, en la práctica las distintas disciplinas han operado de manera autónoma, con escasa comunicación entre sí. Cada campo ha establecido sus propias preguntas de investigación, hipótesis y metodologías, lo que ha generado un escenario en el que los enfoques se superponen sin integrarse. Así, los estudios sobre migración han oscilado entre marcos macroestructurales centrados en las políticas estatales y el mercado laboral, y enfoques microcentrados en las experiencias individuales de los migrantes, sin un diálogo efectivo entre ambos niveles de análisis.

Esta falta de integración ha impedido la construcción de un marco explicativo más holístico. Por ello, los autores insisten en la necesidad de generar puentes entre disciplinas, promoviendo una mayor cooperación académica conectar explicaciones causales con enfoques interpretativos, combinando patrones generales con eventos específicos, por un lado, y superando la tradicional separación entre métodos cuantitativos y cualitativos, por otro, incorporando más análisis comparativos y transnacionales que permitan entender las múltiples dinámicas de la movilidad humana.

Stephen Castles (2007) también ha señalado la urgencia de concebir la migración como un campo de estudio en sí mismo dentro de las ciencias sociales, con una base teórica y metodológica integrada. Esto implica abandonar las divisiones disciplinarias rígidas entre economía, sociología, antropología, demografía, ciencia política, para generar un conocimiento que contemple la interacción entre los factores estructurales que configuran la migración y las decisiones individuales de los migrantes.

Superar la fragmentación disciplinaria no es solo un desafío académico, sino también una necesidad política. En un contexto donde la migración es utilizada como herramienta de control social y como elemento central en discursos securitarios, contar con marcos analíticos más sólidos es fundamental para dismantelar narrativas reduccionistas y promover políticas más informadas. El supuesto de que las restricciones migratorias reducen la migración, es otra de las falacias que en la práctica acaban generando efectos no deseados en ciertos grupos sociales y modificando los flujos migratorios, más que revertir las causas estructurales de la migración (de Haas, 2021).

Las categorías utilizadas en los estudios migratorios han sido adoptadas sin un cuestionamiento crítico, reproduciendo distinciones artificiales como la oposición entre inmigración y emigración, o entre migración interna e internacional. Estas categorías responden a lógicas estatales que imponen la frontera como criterio central de análisis, sin considerar las múltiples escalas en las que se desarrollan los procesos migratorios.

Otras dicotomías tradicionales, como la distinción entre migración legal e ilegal, también merecen ser revisadas. La legalidad es una construcción social y política, que varía según el contexto y responde a intereses económicos y geopolíticos. En muchas comunidades, la migración «irregular» no es vista como una transgresión, sino como una estrategia de supervivencia apoyada por redes familiares y comunitarias. De manera similar, la separación entre migración forzada y voluntaria ignora que todas las personas que migran enfrentan algún tipo de restricción, y que incluso los refugiados tienen cierto grado de agencia en la elección de su destino.

Abandonar estas categorías rígidas permite entender la migración como un proceso dinámico y de múltiples capas. Más que un simple problema que los Estados deben gestionar, la movilidad humana es parte de los procesos estructurales de cambio social. Esto exige una mirada que trascienda los modelos causales simplistas y que integre análisis más complejos sobre la interacción entre estructura y agencia.

En los discursos políticos y mediáticos, cada vez más dominados por las extremas derechas a nivel global, prima una narrativa antiinmigración (Garcés, 2025) en la cual los migrantes son representados en extremos opuestos: como sujetos peligrosos que amenazan la seguridad nacional, como oportunistas que buscan aprovecharse de los sistemas de bienestar, o como víctimas sin capacidad de decisión. Sin embargo, la agencia de los migrantes no puede reducirse a una cuestión de libre elección, sino que debe entenderse en términos de estrategias de negociación dentro de un sistema global de desigualdades estructurales.

La migración, por lo tanto, no puede ser entendida como un fenómeno autónomo ni aislado. Como han demostrado de Haas (2021), Brettell y Hollifield (2008) y Castles (2007), es imprescindible superar los enfoques reduccionistas y desarrollar marcos analíticos que reconozcan la complejidad de la movilidad humana. Para ello, es necesario integrar metodologías diversas, fomentar el diálogo entre disciplinas y adoptar una perspectiva que contemple las interacciones entre los procesos estructurales y las estrategias individuales de los migrantes. Solo así podremos construir un conocimiento más crítico y preciso sobre la migración en el mundo contemporáneo.

Enfoques integradores de la movilidad humana

En lugar de ver la migración como un fenómeno que debe ser comprendido desde un único enfoque o una serie de categorías rígidas, es crucial reconocer su complejidad inherente y su dinámica fluida. La migración no puede ser explicada de manera sencilla a partir de distinciones como migrantes económicos versus no económicos, o migración forzada versus voluntaria, ya que estos límites se desdibujan en la realidad de los movimientos humanos. En un contexto globalizado, los migrantes no solo reaccionan ante condiciones externas, sino que también toman decisiones dentro de un marco de oportunidad y restricción, lo que desafía las categorías tradicionales con las que a menudo se les describe como sujetos pasivos o víctimas de estructuras ajenas a su agencia.

Como argumenta Papastergiadis (2000), la migración es un proceso marcado por la turbulencia y la imprevisibilidad de sus trayectorias, lo que pone en evidencia que las fronteras entre distintos tipos de migración son cada vez más difusas. La movilidad humana, en este sentido, está en constante transformación y es el propio imaginario de los migrantes sobre un futuro mejor lo que impulsa muchos de sus desplazamientos. Este fenómeno no solo desafía las fronteras físicas, sino también las construcciones sociales y políticas que buscan limitar la movilidad.

En este escenario, es necesario abandonar el enfoque que centra la migración únicamente en los marcos nacionales y los intereses de los Estados, que a menudo han dictado las condiciones de inclusión y exclusión de los migrantes. La movilidad humana debe ser entendida en términos de una dinámica global, en la que los migrantes juegan un papel activo en la construcción de sus trayectorias y, al mismo tiempo, interactúan con las políticas migratorias. No se trata solo de un fenómeno de control, sino de un proceso de conflicto y negociación, donde los actores migrantes pueden influir, resistir y transformar las estructuras de control que buscan regular su desplazamiento.

Desde esta perspectiva, la agencia de los migrantes debe ser entendida como un proceso que no se reduce a una respuesta pasiva ante las circunstancias, sino que se configura dentro de relaciones de poder y estructuras sociales. Como han señalado autores como Mainwaring (2016) y Ortner (2005), la migración no debe ser vista solo como un resultado de la desigualdad o la violencia estructural, sino como un campo activo en el que los migrantes toman decisiones dentro de los márgenes que se les imponen. Así, las trayectorias migratorias deben ser entendidas como proyectos de vida en construcción, donde los migrantes no solo buscan huir de la pobreza o la violencia, sino que también resisten y negocian las posibilidades de transformación dentro de los marcos que se les ofrecen. «En este sentido, los migrantes también se convierten en agentes de conocimiento y desarrollan estrategias basadas en su propia experiencia, que permiten a otros migrantes alcanzar las metas que ellos no lograron» (Guevara González 2018, 188). Todo lo cual cobra gran relevancia al momento de concebir cómo se diseñan políticas migratorias y cómo se percibe públicamente la movilidad.

En este contexto, la autonomía de la migración, tal como la define Mezzadra (2011), propone que la migración debe ser vista no como una crisis a gestionar, sino como un fenómeno que ocurre a pesar de las políticas restrictivas de los Estados. Esta autonomía no implica un rechazo total a las políticas de control, sino que resalta cómo los migrantes no solo son sujetos de control, sino actores que desafían y transforman los regímenes fronterizos y las políticas migratorias desde un rol activo. La migración, por lo tanto, no debe ser vista como un fenómeno pasivo ni como un problema aislado, sino como un campo de disputa en el que los movimientos migratorios constituyen un desafío constante a las políticas de exclusión y las dinámicas del capitalismo global.

Si bien el giro interseccional propuesto por Floya Anthias (2006) fue un aporte clave para repensar las experiencias migratorias desde un enfoque que articula género, clase, etnicidad y generación, hoy es necesario reconocer que este enfoque ha evolucionado y se ha enriquecido a partir de aportes decoloniales y feministas interseccionales. Lejos de ser una novedad absoluta, la perspectiva interseccional se ha consolidado como una herramienta indispensable para evitar explicaciones simplistas y homogeneizadoras sobre la migración, permitiendo visibilizar la diversidad y complejidad de las trayectorias migrantes.

Este análisis reconoce que ninguna persona es vulnerable por naturaleza; la vulnerabilidad surge de la posición que los individuos ocupan en la intersección de múltiples desigualdades y opresiones. Como señala París-Pombo (2018: 13), la vulnerabilidad de las personas migrantes es el resultado de la

combinación entre políticas migratorias restrictivas, dispositivos de control estatal y la acción de redes criminales transnacionales. En este contexto, el género resignifica y complejiza las relaciones de poder que atraviesan los procesos migratorios y de asilo, en articulación con otros ejes de desigualdad como la clase social, la raza, la edad y la nacionalidad.

La perspectiva interseccional, entonces, no solo permite comprender estas experiencias a nivel individual, sino también analizar la organización social de la migración, las redes y agencias migrantes, las políticas públicas y los marcos legislativos. Como sostiene Herrera (2013: 472), este enfoque posibilita identificar la existencia de «sistemas entrelazados de opresión como constitutivos de los sistemas migratorios». Además, Herrera (2013: 483) advierte que, aunque muchas políticas migratorias se presentan como género-neutrales, están atravesadas por sesgos de género que refuerzan estructuras sociales inequitativas. Dichos sesgos se reflejan en representaciones dicotómicas —como la dependencia femenina frente a la independencia masculina— que moldean de manera diferenciada las rutas hacia la legalidad y el acceso a derechos de mujeres y hombres migrantes. De este modo, la interseccionalidad se consolida como un enfoque indispensable para analizar las desigualdades estructurales y las experiencias migratorias en toda su complejidad.

Así, entender la migración en su totalidad requiere un enfoque que no solo abarque los procesos de desplazamiento, sino también las interacciones transnacionales que se dan entre los migrantes, las estructuras globales y las políticas nacionales, así como la intersección de desigualdades que generan la posición de las personas migrantes en su experiencia vivida. Superar el nacionalismo metodológico y la fragmentación disciplinaria implica reconocer que la migración no es un fenómeno aislado ni homogéneo, sino un proceso dinámico y multidimensional que involucra interacciones complejas entre agencia, estructura y resistencias. Al integrar estos enfoques, podemos avanzar hacia una comprensión más profunda y matizada de los procesos migratorios en el mundo contemporáneo.

Presentación de los artículos

Este número especial busca que el conjunto de textos sea más que la suma de sus partes. Cada contribución dialoga con las demás desde diferentes disciplinas, enfoques y escalas de análisis, aportando a una mirada transdisciplinaria y transnacional sobre las migraciones contemporáneas que esperamos aporten nuevas explicaciones a un fenómeno intrínsecamente humano, y que, por lo mismo, nos afecta a todos y todas en una coyuntura particular de extremas derechas y sobreinformación. «Cuando las explicaciones son urgentes y

nuestra percepción de la realidad puede cambiar de un momento a otro, no se puede permanecer al margen», plantea Blanca Garcés (2025: 6).

El orden de presentación propuesto responde a una lógica argumental que parte de los marcos conceptuales amplios para luego situar estudios de caso y perspectivas temáticas que iluminan la complejidad de la movilidad humana en el contexto global actual.

Ronaldo Munck, desde la sociología, abre este volumen recuperando una perspectiva amplia en torno a la movilidad laboral como elemento clave para comprender los procesos migratorios en el marco de las transformaciones estructurales del capitalismo global. El autor desmonta los principales mitos que rodean la migración —como la idea de que el desarrollo reduce los flujos migratorios— y plantea la necesidad de una teoría más sólida que integre la migración como un componente central de los procesos de cambio social a nivel mundial.

Luz Espiro y Régis Minvielle desde la antropología, abordan la migración Sur-Sur a partir de etnografías multisituadas que visibilizan las prácticas económicas, culturales, religiosas y familiares que estructuran los corredores migratorios entre África y América del Sur. Rompen con el paradigma dominante, centrado en el Norte global, y dan voz a los propios migrantes, mostrando cómo estas movilidades contribuyen a la construcción de espacios sociales transnacionales y obligan a repensar las categorías rígidas que aún dominan el campo académico.

Oriol Puig, desde las relaciones internacionales, profundiza en el vínculo entre migración y cambio climático. Más allá del ruido mediático, analiza las causas estructurales y las respuestas locales que emergen ante la degradación ambiental, mostrando cómo las poblaciones migrantes desarrollan estrategias de resiliencia y adaptación frente a un escenario de vulnerabilidad creciente.

Marluce da Silva Santana, desde la socioantropología y los estudios africanos, explora el papel central de la religión en las trayectorias migratorias, a partir del análisis de las redes transnacionales de la hermandad mouride. El texto muestra cómo la religión no solo sostiene vínculos sociales y económicos a escala global, sino que también organiza prácticas de movilidad, circulación de recursos y construcción identitaria.

Claudia Pedone, desde la geografía humana y los estudios de género, revisita los debates sobre género y migración. Más allá de las cadenas globales de cuidado, analiza las trayectorias de mujeres migrantes altamente calificadas y pone en evidencia las barreras estructurales, la precarización laboral y la intersección de género, etnicidad y clase que continúan condicionando sus proyectos migratorios.

Nicholas Maple y Caroline Wanjiku Kihato desde el derecho internacional, presentan un enfoque innovador que integra el refugio dentro de los flujos laborales globales. En lugar de tratar a los refugiados como una categoría separada, sus aportes muestran cómo los desplazamientos forzados y las migraciones laborales responden a lógicas estructurales comunes, desafiando las divisiones conceptuales clásicas y poniendo de relieve la continuidad entre distintas formas de movilidad forzada y económica.

Erhan Doğan, desde la ciencia política, analiza el fenómeno del nomadismo digital como una nueva forma de movilidad humana que reconfigura las relaciones entre trabajo, desigualdad social y soberanía estatal. Su artículo examina cómo las políticas migratorias, en particular los regímenes de visado específicos, afectan las decisiones y trayectorias de estos trabajadores remotos, mientras revela la precarización y exclusión de los sistemas de protección social que enfrentan. Esta contribución invita a reflexionar sobre las nuevas desigualdades y jerarquías Norte-Sur que se reconfiguran bajo la apariencia de libertad de movimiento.

Por último, Delphine Perrin, desde el derecho internacional y el análisis de políticas públicas, examina la crisis del modelo de libre circulación en el espacio de la CEDEAO. A través de un análisis detallado, la autora muestra cómo la fragilidad institucional regional, las presiones externas y el auge de los nacionalismos limitan el derecho a la movilidad en África Occidental, desafiando los discursos optimistas sobre integración regional y revelando tensiones entre soberanía estatal y derechos migratorios.

Este recorrido colectivo ofrece una mirada plural y crítica a las migraciones contemporáneas, desde perspectivas que desafían los enfoques convencionales, integran distintas escalas y disciplinas, y visibilizan prácticas y actores que habitualmente quedan en los márgenes del análisis. Esperamos que estas contribuciones permitan abrir nuevos debates y profundizar la comprensión de la movilidad humana en un mundo marcado por desigualdades globales, transformaciones estructurales y luchas por el reconocimiento del derecho humano a la movilidad.

Referencias

- Anthias, Floya (2006). Género, etnicidad, clase y migración: interseccionalidad y pertenencia translocalizacional, en Pilar Rodríguez Martínez (ed.), *Feminismos periféricos*. Granada: Alhulia, pp. 49-68.
- Brettell, Caroline and James Hollifield (2008). *Migration Theory: Talking Across the Disciplines*. New York: Routledge.
- Castles, Stephen (2007). Twenty-First-Century Migration as a Challenge to Sociology. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 33(3), 351–371.
DOI: <https://doi.org/10.1080/13691830701234491>
- De Haas, Hein (2021). A theory of migration: the aspirations-capabilities framework. *CMS* 9, 8. DOI: <https://doi.org/10.1186/s40878-020-00210-4>
- Domenech, Eduardo (2023). *II Conferencia internacional «Promover la Vida en las Fronteras*, 21 a 23 de marzo, Universidad Iberoamericana Tijuana, Centro Scalabriniano de Estudios Migratorios y Servicio Jesuita a Refugiados México Tijuana, México.
- Espiro, María Luz and Sabrina Vecchioni (2024). Gender stereotypes in human mobility: Reflections and challenges from the Global South, (pp. 229-244). In: R. Delgado Wise, B. Likić-Brborić, R. Munck and C.-U. Schierup (coord.), *Handbook on Migration and Development: A Counter-hegemonic Perspective*. UK: Edward Elgar. DOI: <http://dx.doi.org/10.4337/9781789907131>
- Gambino, Ferruccio and Sacchetto, Devi (2014). The Shifting Maelstrom: From Plantations to Assembly-Lines. In Van der Linden, Marcel and Roth, Karl Heinz (Eds.). *Beyond Marx. Theorizing the Global Labor Relations of the Twenty-First Century*. Chicago: Haymarket.
- Garcés, Blanca (2025) Decálogo para una narrativa alternativa sobre las migraciones, *CIDOB*, DOI: <https://doi.org/10.24241/NotesInt.2025/315/es>
- Guevara González, Yaatsil (2018). Navigating with Coyotes: Pathways of Central American Migrants in Mexico's Southern Borders. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, DOI: <https://doi.org/10.1177/00027162177505>
- Herrera, Gioconda (2013). Gender and International Migration: Contributions and Cross-Fertilizations. *The Annual Review of Sociology*, 39, 471–89, DOI: 10.1146/annurev-soc-071811-145446
- Levitt, Peggy and Glick Schiller, Nina (2007). Conceptualizing Simultaneity: A Transnational Social Field Perspective on Society1. *International Migration Review*, 38(3), 1002-1039. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1747-7379.2004.tb00227.x>
- Mainwaring, Cetta. (2016). Migrant agency: Negotiating Borders and Migration Controls. *Migration Studies*, 4(3), pp. 289–308. DOI: <https://doi.org/10.1093/migration/mnw013>
- Mezzadra, Sandro (2012). Capitalismo, migraciones y luchas sociales. La mirada de la autonomía. *Nueva Sociedad* (237), 159–178.

Ortner, Sherry (2005). Subjectivity and Cultural Critique. *Anthropological Theory*, 5(1), 31-52.

Papastergiadis, Nikos (2000). *The Turbulence of Migration. Globalization, Deterritorialization and Hybridity*. Cambridge: Polity Press.

Schiller, Nina Glick, Linda Basch, and Cristina Szanton Blanc (1995). From Immigrant to Transmigrant: Theorizing Transnational Migration. *Anthropological Quarterly*, 68(1), 48-63.

Sayad, Abdelmalek (2010). *La doble ausencia: De las ilusiones del emigrado, a los padecimientos del inmigrado*. Barcelona: Anthropos.

Suárez Navaz, L. (2008). Redes transnacionales y luchas migrantes. *Política y Sociedad*, 45(1), 911-925.

Urry, John (2000). *Sociology Beyond Societies. Mobilities for the Twenty First Century*. London: Routledge

Wimmer, Andreas, & Glick Schiller, Nina (2002). Methodological Nationalism and Beyond: Nation-State Building, Migration and the Social Sciences. *Global Networks*, 2(4), 301-334.